



El Ágora^I

JUAN CARLOS VIÑUELAS

PRÓLOGO.

Pretendo en esta obra escribir un librito sobre ética y filosofía política dirigida fundamentalmente a mis alumnos. Todo lo que uno hace en el ámbito intelectual, en el fondo va dirigido a ellos. Pretendo hacerles pensar sobre los temas de la justicia y de la virtud. El alumno piensa que la filosofía, como cualquier otro saber, está muy alejado de la vida. Pues, mire usted que no. El saber está imbricado en nuestra vida a través de nuestra tecnología. Es más nuestra evolución depende de la tecnología. Somos seres tecnoevolucionados. No nos podemos entender sin técnica. El hombre desudo o el hombre natural no existe.

Pero también les quiero decir al oído a mis alumnos, sin que los demás profes se enteren, que el saber más importante, el que realmente merece la

^I Extracto de la obra en preparación *Ágora y areté*.

pena es el saber filosófico. Este saber es, por lo demás, la condición de posibilidad del resto e los saberes, este saber que parece una antigualla y que sus libros nos parecen estar marcados por el polvo del olvido es un saber absolutamente presente y, aún más, necesario. Sin ir más lejos pienso, y así se lo comunico a mis sufridos alumnos que la crisis actual es una crisis filosófica; de ahí las dimensiones globales que tiene. Sólo la filosofía afecta a la globalidad. El origen de la crisis está en una cosmología, una forma de ver el mundo y una forma de relacionarnos con él, por eso es una crisis filosófica, porque resulta que la forma que hemos elegido es absolutamente errónea. Urge cambiar de cosmovisión, de paradigma, que dicen los filósofos cultos.² Una nueva visión del mundo y de nuestra relación con la biosfera a la que por más que nos empeñemos pertenecemos es la vía teórica de solución de los problemas. Después vendrá la técnica, pero ésta no existe sin problema. Y no se ha detectado que nuestra crisis es filosófica, por eso andamos parcheando. Y todo esto tiene que ver con el alumno, aunque él no lo crea. Tiene que ver con su presente, con la crisis que está viviendo, con el futuro que le espera, con la información que recibe a través de los medios de comunicación. Estas reflexiones ético-políticas pretenden arrojar un poco de luz en las tinieblas que siempre han sido la mente del hombre.

En tanto que hombres somos el ser del sentido, es decir, nuestra existencia no viene con un catálogo de instrucciones de uso que nos proporcione el ansiado bienestar. Nuestra genética es abierta y nuestra realidad se configura en diálogo con el mundo exterior. Somos seres conscientes de nuestros propios límites. Y esos límites nos enfrenta a la muerte. Nuestra existencia es indiferencia, dolor y sufrimiento, adobado con algún momento de felicidad y algo de bienestar. Pero como el hombre es un ser abierto resulta que es el dueño de su propia biografía. No completamente dueño porque existen

2 Desde ahora mantengo que el tipo del filosofar que levaremos aquí será antiacadémico. Tiene que ver con el filosofar mundano. Lo podemos entender de la siguiente manera. El filósofo en los tiempos actuales no debe hablar a los filósofos sino al común de los mortales. Porque los problemas filosóficos son problemas estrictamente humanos y de la humana condición surgen.

determinaciones y condicionantes, pero sí lo suficiente como para cincelar nuestra biografía y ser responsables de nuestra historia.

La pregunta fundamental del hombre es precisamente ¿Quién soy yo? O ¿qué es el hombre? En este escrito vamos a intentar responder a dos partes de esta pregunta ¿qué debo hacer?, que es la pregunta de la ética y ¿qué debo esperar?, que sería la pregunta de la religión. Pero una vez que hemos secularizado el discurso, esta pregunta la podemos plantear en una dimensión histórica filosófica, ¿tiene sentido la historia? La filosofía es un saber radical que se pregunta por las raíces de nuestra existencia. La radicalidad de la filosofía, así como su visión cosmológica es su idiosincrasia. Si abandonamos la filosofía nos abandonamos a nosotros mismos. Decía el viejo Sócrates, que “una vida sin análisis no merece la pena de ser vivida”. Y es cierto, si no nos analizamos nos convertimos en simples replicantes del sistema, en androides, robot, esclavos. Si no nos analizamos no sabemos por qué pensamos, sentimos y actuamos como lo hacemos, no somos libres; y la dignidad del hombre, precisamente reside en su libertad. Por eso no merece la pena la vida sin análisis, porque es infrahumana. Sin embargo, la vida que no cesa en el análisis es una vida en y desde la libertad.

CAPÍTULO I LA DEMOCRACIA EN ATENAS.

Atenas es el cimiento de occidente. Es el baluarte del saber filosófico y de toda la cultura occidental. La cultura occidental podría muy bien no haber existido si los persas hubiesen ganado esa famosa batalla de Salaminas, pero no fue así. A los griegos se les achaca el milagro de la aparición del pensar racional. Aquello que es conocido como el paso del mito al logos. No se puede hablar de milagros en la historia. Hubo una serie de factores que coincidieron y de los cuáles emergió, como algo nuevo, lo que damos en llamar la tradición racional y crítica. Frente a las explicaciones míticas lo que tenemos ahora son explicaciones filosóficas o científicas que requieren la utiliza-

ción de la razón para explicar el mundo y que no se conforman con la vana creencia, sino que exigen razones y crítica. Y esa crítica se ejerce mediante el diálogo. Eso significa que el logos, la razón, es común al hombre. Nadie posee la razón, ésta es el instrumento para la búsqueda de la verdad. Y de aquí surge una deriva ética muy interesante. Para ejercer el diálogo es necesario el respeto, escuchar las razones del otro, es más, la tolerancia, ponerte en el lugar del otro asumiendo la posibilidad de que uno mismo es el que está equivocado. Es esta actitud del respeto y la tolerancia la que surge del fondo de la historia occidental, la que nos hace estrictamente occidentales o europeos, sin querer caer aquí en ningún etnocentrismo. Las cuestiones sobre la naturaleza no se resuelven desde la creencia, sino desde el diálogo. El diálogo no obliga, sino que exige razones, es búsqueda en común, la creencia, por el contrario, exige obediencia. Genera fanatismo e integrista y de ahí se sigue rápidamente la violencia. Por eso que el pensamiento ha estado siempre enfrentado al poder. Porque el poder quiere siempre permanecer, no admite la crítica, no es capaz de descentrarse como exige la tolerancia. El ejercicio del pensamiento es una carga de profundidad contra el poder. No olvidemos que el poder es control. Y el control fundamental es el de las ideas. La historia de la humanidad es la historia de la tensión entre el pensamiento y el poder.

Pues una de las grandes ideas que se les ocurre a los griegos, una auténtica revolución intelectual, es el concepto de cosmos. Se les ocurre pensar, nada más y nada menos, que todo lo que hay es un orden. Que todo está sometido al logos, la razón, que nada ocurre porque sí, ni está sujeto a la voluntad de los dioses. En fin, que el mundo es un orden que se explica por sí mismo. Esto elimina del horizonte a los dioses y abre las puertas al ejercicio de la razón y la tolerancia. Y es ésta la idea que nos ha permitido hacer ciencia. Si resulta que todo lo que hay es un orden, regido por el mismo logos, no un caos sujeto a la voluntad de los dioses, pues entonces puedo buscar las leyes que determinan las regularidades del cosmos. Y esto es ni más ni menos que la historia de la ciencia. Y cito esta idea, no sólo por la gran relevancia en la historia de la ciencia, sino por la semejanza que va a tener con el surgimiento de la democracia.

Atenas, tras la batalla de Salamina y la victoria contra los persas, se ha establecido en el centro cultural, económico y social de Grecia. Lideraba la liga griega. Todo ello dio lugar a un aumento de su riqueza, todas las polis estaban obligadas a un pago a la metrópolis, y un crecimiento comercial y cultural inédito. Atenas se convierte en la capital del mundo civilizado. Y en Atenas es donde tiene su apogeo la filosofía. Pero para ello tiene que darse una condición, condición que es necesario que extrapolemos a lo que sucede hoy en día. En Atenas surge una nueva forma de gobierno que es la democracia. Ello significa el poder del pueblo. Es decir, que en el pueblo reside el poder. Pero en Atenas el pueblo no son todos los habitantes de Atenas, sino los llamados ciudadanos libres. Y un ciudadano era libre en la medida en la que no necesitaba de otro para subsistir. Es decir, que hay una estrecha relación y una determinación entre hombre libre y economía. El hombre libre es el que económicamente se lo puede permitir. Pero en un sustrato filosófico que trasciende este real determinismo económico y esta lectura marxista de la historia, podríamos decir que el hombre libre es el autónomo, aquel que se da la ley a sí mismo. La norma de su vida procede de sí mismo, no es exterior a él. Los hombres libres son los ciudadanos y los ciudadanos son aquellos que pueden darse a sí mismo la norma. Y aquí encontramos la semejanza con la idea del cosmos que analizábamos antes. El cosmos se rige por su propia ley. Pues la democracia supone que el estado se rige por las leyes que el mismo pueblo, ciudadanos, se da a sí mismo. Eso supone que las leyes que rigen a la ciudad no proceden de fuera, sino de los mismos ciudadanos.

Es importante señalar un concepto cardinal en la polis griega. La polis está habitada por los políticos, por lo que hoy en día llamamos ciudadanos. Los políticos, los hombres libres son los que se ocupan del bien de la ciudad, de la cosa pública. La virtud, entonces, está relacionada con la ciudadanía. Ética y política en la Grecia clásica y en la Atenas que estamos describiendo coinciden. Lo importante del ciudadano es su acción pública, lo privado carece de importancia. Además en lo privado no hay virtud. Virtud es virtud civil. Por eso los atenienses llaman “idiotes” a aquel que se dedica a sus asuntos privados, al que no se preocupa de la polis. Y éste es un punto importante

para reflexionar. Hoy en día la ciudadanía se ha vuelto sobre sí mismo, digamos que se ha vuelto idiota, sólo se mira y sólo le importa el sí mismo. Estamos ante un ciudadano que no es tal, que es un esclavo, una máquina de obtener placer, un nihilista egocéntrico. Un personaje que no ve más allá de sus propias narices y que se conforma en la vida con la satisfacción perentoria de sus pequeños placeres. Por eso este tipo de ciudadano es antisolidario, no es capaz de ponerse en el lugar del otro. Pero no es él el culpable. Es el modo de sociedad al que hemos llegado, el posmodernismo y el tardocapitalismo el que por medio de los medios de comunicación lo ha convertido en lo que es. El poder es control y el control se ejerce sobre los ciudadanos para que estos dejen de ser tales y se conviertan en replicantes, papagayos y esclavos satisfechos que no vean la miseria del otro y la crueldad del sistema. La verdad es que poco margen nos queda.

Pero no eran las cosas así en Atenas. Aunque también precisamente la democracia en Atenas degenera en demagogia, se corrompe y se pone al servicio de unos pocos, los más fuertes. De ahí la crítica que harán Sócrates y, sobre todo, el aristócrata Platón. La democracia ateniense aporta los siguientes conceptos fundamentales: Excelencia, isonomía, isegoría, asamblea o directa. Pasamos al análisis de cada una de éstas.

No estamos acostumbrados en nuestras democracias caducas y degeneradas, y mucho menos, después de veinte años de Logse-Loe, a hablar de excelencia. El concepto, o, mejor la palabra ha pasado casi al olvido. Incluso, me temo que se la relaciona con el ogro del elitismo. Quiero demostrar y enseñar a mis alumnos, futuros ciudadanos, que la excelencia es el fin de la democracia y de la educación. A lo que la educación y los medios de comunicación (desinformación-control) de masas nos tienen acostumbrado es a la mediocridad. Los títulos se regalan, las exigencias son cada vez menores, la ignorancia de profesores y alumnos va en aumento. El profesor no promociona por sus conocimientos sino por los cursillos pedagógicos impartidos por CPRs y sindicatos que así ven engordadas sus cuentas y encuentran un sentido a su sinsentido. Los alumno vaguean, son irrespetuosos, imitan los modelos mediocres, si no, cuasicriminales e inmorales de los medios de comunicación

y de los programas del corazón. La misma política se ha convertido en un espectáculo esperpéntico en el que no hay virtud, sino lucha por el poder. Donde tendría que haber virtud, hay corrupción, donde tendría que haber argumentación fluye el insulto fácil. Y todo éste es el caldo de cultivo de socialización y educación de nuestros jóvenes. Pues, no señor, ése no es el espíritu de la democracia. El espíritu al que yo me refiero está ya en la oración fúnebre de Pericles, fundador de la democracia ateniense en su segundo periodo. Pericles, en su oración ante los cuerpos de los soldados caídos en batalla, nos dice algo muy importante y que debemos tener en cuenta si queremos regenerar nuestra corrupta democracia. Dice, hemos vencido porque nosotros defendíamos nuestras leyes, nuestra ciudad. Atenas es el fruto de nuestras decisiones. El pueblo ateniense se gobierna a sí mismo, no obedece a nadie, ni a un tirano, ni al más rico, ni al clero, se obedece a sí mismo. Y eso le da su fuerza, porque defiende lo que es suyo. Pero es que, además, en nuestra democracia, procuramos educarnos en la areté (virtud). La virtud, aclaro, es la excelencia, lo contrario de la mediocridad. Es decir que perseguimos que sean los mejores, los más excelentes los que nos guíen. El ascenso social no es por oportunismo sino por virtud. He ahí la fuerza de Atenas. Sería interesante recuperar aquí que éste es uno de los ideales básicos republicanos. La república exige de ciudadanos virtuosos. Esto es, de lo que llamamos ejemplaridad pública.

La isonomía es una característica esencial a la democracia. Implica igualdad, pero no del ser u ontológica, sino, igualdad ante la ley. En la democracia la ley es igual para todos o la ley iguala a todos. Es lo que llamamos hoy en día el imperio de la ley o, más técnicamente, estado de derecho. Que todos seamos iguales ante la ley implica que no existen diferencias legales en la polis, pero sí fácticas. Todos somos diferentes, pero todos estamos bajo la misma ley. La ley evita los enchufismos y los atajos. La ley es igual para todos. Y lo es porque es fruto de todos. Las leyes son el conjunto de normas que hemos decidido tomar para gobernarnos. Si las traicionamos, además de traicionar a la ciudad nos traicionamos a nosotros mismos. No hay que olvidar que en este momento, hombre y ciudadano son una y la misma cosa. La

pérdida de sentido de la ciudad es la pérdida de sentido del ciudadano. Algo muy distinto ocurre en nuestras democracias representativas y caducas. En primer lugar, los representantes están muy alejados del pueblo y no son, que digamos, un ejemplo de virtud. La ejemplaridad pública del político, por el contrario brilla por su ausencia. El caso es que el ciudadano, entre sus representantes y la corrupción que le transmiten los medios de deformación y control de masas, para nada se siente identificado con la polis y actúa individualistamente porque es consciente de que, de hecho, la ley no es igual para todos.

Tercer principio fundamental, la isegoría. Es la posibilidad de utilizar libremente la palabra en la asamblea. Todo el mundo puede hablar por igual en la asamblea y todos serán escuchados de la misma manera. Es lo que hoy en día llamamos libertad de expresión. Pues bien, esto fue un gran invento griego, sobre todo ligado a la isonomía. Si todos somos iguales, porque somos libres y autónomos, todos tenemos la misma posibilidad de hablar. Pues en nuestros días la tan cacareada libertad de expresión no es más que apariencias. Y os lo demuestro para que vosotros luchéis por una auténtica igualdad y libertad de expresión. Primero, no se puede confundir la libertad de expresión con la libertad política, pero eso lo veremos después. Lo que se nos ha vendido como libertad de expresión es la libertad de opinar sobre todo lo que yo quiera, en el momento que quiera y sin el más mínimo conocimiento de causa. Es decir, lo que se nos ha vendido es el espejismo de la equivalencia de las opiniones. La libertad de expresión no es que cualquiera puede opinar sobre lo que quiera, sino que cualquiera pueda expresar sus opiniones fundadamente y estar dispuesto, mediante el diálogo racional, a enmendar sus errores y aprender. Hay que tener en cuenta que cada cual sabe muy poco de muy poco. Eso de la equivalencia de las opiniones es prepotencia. Además, con ello lo que se persigue es el control de la ciudadanía. De esta forma, los pseudociudadanos tienen una apariencia de libertad, cuando realmente son esclavos. Porque, precisamente, son las opiniones las que lo tiranizan. Y, en definitiva, si todas las opiniones son equivalentes, al final la que prevalece es la del más fuerte. Y para cerciorarnos de esto sólo tenemos

que echar un vistazo a la política internacional. Por otro lado, mi libertad de opinión no es tal, es apariencia. Ya hemos dicho antes que mis opiniones son construidas por la educación y, sobre todo, por los medios de desinformación y control de masas. Por tanto, yo no pienso por mi mismo, ideal ilustrado, sino que yo pienso lo que los grandes poderes quieren que piense. Estamos dentro de una caverna en la que todo son sombras. Si me sigues encontrarás un poco de luz para salir de esta esclavitud. Pero decía también que la libertad de expresión no es lo mismo que la libertad política. Una cosa es poder expresar libremente tus opiniones y otra cosa pensar una alternativa política. La democracia liberal nos ha llevado a un sistema bipartidista en el que los dos partidos enfrentados defienden el mismo modelo político diferenciándose en lo superficial o anecdótico. De esta forma, la libertad política queda cercenada a la hora de votar, porque no existen opciones posibles, sí reales, pero no realmente representables. El control es absoluto.

Decíamos también que la democracia es asamblearia o directa. Los ciudadanos en la asamblea toman las decisiones después de la exposición y el debate de las diferentes posturas. Los ciudadanos son sus propios representantes. Hoy en día, por necesidad, los representantes son la clase política. Pero, una cosa importante, el hecho de que la democracia tenga que ser representativa no implica su corrupción intrínseca. Otra cosa, por muy representativas que sean nuestras democracias ello no implica la posibilidad de arbitrar los métodos y las técnicas de la participación, así como fomentar la ejemplaridad pública que no es más que la virtud civil. Estos son los pilares del republicanismo con el que coincidimos. Digamos que aunamos realismo político y esperanza a la vez.

Y antes de entrar con los sofistas y Sócrates, quisiera mencionar una idea muy importante que tomé de Pedro Fernández Liria y que era algo que yo sabía, pero no sabía que lo sabía, o no le había dado la dimensión y la importancia que tiene. El *ágora* es la plaza, un lugar vacío. El emperador persa Jerjes, se reía de los griegos por el desperdicio de ese lugar. Pues bien, precisamente ese lugar vacío es el centro de Atenas y de la democracia. El *ágora* está habitada por la razón, el *logos*, el lenguaje, la argumentación. Algo

absolutamente universal de lo que cualquiera puede participar. Cuando los griegos están en el ágora lo que los hace comunes es el logos, el lenguaje. Lenguaje a partir del cual entienden el mundo y se entienden a sí mismos. Nadie puede usurpar el logos, porque el logos es común por igual a todos, de ahí lo de la isonomía. La democracia funciona cuando el logos es común, cuando no hay nadie, ni un grupo que usurpa el lugar del logos. Si alguien usurpa ese lugar, se acabó la democracia y empieza el interés particular. Advértase que filosofía tiene que ver con logos y universalidad. Por eso es muy importante pensar lo siguiente. La democracia es la condición de posibilidad para que se dé el pensamiento, así como el pensamiento libre es la condición de posibilidad para que se sostenga la democracia. Filosofía y democracia van unidas. De ahí que haya mantenido que vivimos una crisis filosófica, entre otras cosas, porque nos estamos quedando sin pensamiento libre.

Y llegamos así a los sofistas. Estos eran metecos, es decir, inmigrantes o forasteros que recalaban en Atenas como muchos otros porque la ciudad se había convertido en el centro de la civilización griega. Quiero advertir desde el principio, que los sofistas no son los malos de la película. Que su tesis del relativismo, entendiéndolo desde un punto de vista moderado, casa perfectamente con la democracia. Si decimos que alguien tiene la verdad absoluta, entonces caemos en el dogmatismo y en el fin de la democracia. Ahora bien, si decimos que todo vale y todo se puede defender, entonces estamos también ante la corrupción de la democracia, la demagogia. Hay que entender a Sócrates en este debate, igual que al aristócrata Platón, enfrentado a los sofistas. La democracia es su enemiga.

Los sofistas son forasteros que se declaran maestros de virtud y cultura. En realidad eran hombres muy eruditos y viajados, pero quizás no les calce bien eso de sabios. El papel de los sofistas en la democracia ateniense es el de enseñar la retórica, el arte de convencer independientemente de la verdad de aquello de lo cual se intenta convencer. Los sofistas sostienen esta idea porque mantiene la teoría del relativismo. Curiosamente una teoría muy extendida hoy en día y sobre la que hablaremos. Los ciudadanos ateniense lo que

pretenden es vencer en los discurso, es decir, convencer. Su preocupación, al menos en principio, es la polis. Por eso echan mano de los sofistas para que estos le enseñen el arte del discurso. El peligro de la sofística o de la retórica es que guarda el germen de la demagogia. Los sofistas intercambian su papel, venden su mercancía. Sostienen el relativismo y, al sostener tal, lo que nos dicen es que todo es verdad. Y si todo es verdad, todo se puede defender. Esa era la idea. La importancia recae sobre la palabra, no sobre la verdad. La verdad absoluta no existe. Como dice Protágoras, “tal y como las cosas aparecen para mí, así son, tal y como las cosas aparecen para ti, así son”. Pues hombre eres tú y hombre soy yo. Es decir, que es nuestra igualdad en tanto que hombres la que hace equivalentes las verdades. Y si todas las verdades son equivalentes lo importante es nuestra capacidad de defenderlas, la retórica. Es el imperio o la omnipotencia de la palabra. De lo que se trata es de demostrar qué es lo más útil. La verdad es lo útil, y esto que es útil puede cambiar de un momento a otro. Por tanto, si todo es verdad, todo se puede defender.

Ante esta situación es frente a la que se encuentra el maestro Sócrates. Éste está inmerso en la realidad política de su ciudad, convive con los sofistas, los escucha. Utiliza sus mismas armas, las palabras, pero las formas serán totalmente distintas. Sócrates hace una serie de declaraciones que lo diferencian de los sofistas y lo convierten en un filósofo paradigmático, el modelo del filósofo. En primer lugar, considera que no sabe nada, declara que “yo sólo sé que no sé nada”. En esta declaración va implícita el reconocimiento de cierta ignorancia, cosa que los sofistas no hacían. Precisamente practicaban lo contrario, se autoproclamaban sabios. En segundo lugar Sócrates siempre siguió la máxima de Apolo, “Conócete a ti mismo”. El conocimiento de uno mismo, mediante el diálogo, es el ejercicio ineludible de nuestra vida. Por eso que Sócrates declare al final de su vida (“La apología de Sócrates”) una vida sin análisis no merece la pena de ser vivida. Si no nos analizamos, si no intentamos comprendernos, si no escrutamos en nuestras ideas, creencias y prejuicios, seremos esclavos. Pensaremos según quieren que pensemos, seremos clones o replicantes. Y esto no es lo propio de una persona. Lo propio del ser humano es el pensar por sí mismo, la autonomía. Eso es lo que vosotros los

jóvenes debéis seguir y no dormiros en los laureles de la pereza y la cobardía. Pensar, esa es nuestra divisa. Y pensar es siempre pensar contra, específicamente, pensar contra los que nos quieren controlar.

Pues bien, cuenta la leyenda que un buen día un discípulo de Sócrates se dirigió al oráculo del templo de Delfos, dedicado al dios Apolo, y le preguntó quién era el hombre más sabio de Grecia. La respuesta no se hizo esperar: el hombre más sabio es Sócrates. Nuestro filósofo, al escuchar esto, no salía de su asombro. Él veía que los sofistas, los poetas, sabían. Eran poseedores de bellos discursos. Como él, que decía que no sabía nada, era el hombre más sabio. Pero Sócrates, como acostumbraba, sigue al dios Apolo y se dirige al ágora a escuchar a los que se dicen hombres sabios, los sofistas. Y se encuentra con que no son tan sabios. Después de sus elocuentes discursos, Sócrates se dedica a preguntarles sobre las cuestiones tratadas, de tal forma que al final, caen en contradicciones. En realidad no saben lo que dicen saber. Su estado es simplemente el de la ignorancia. Y aquí es donde volvemos a enlazar con el tema de la democracia. Los sofistas están convencidos del relativismo, de que todo se puede defender. Pero resulta que ellos, para tal menester utilizan la retórica. Pero Sócrates, que no sabe nada, los lleva a la contradicción. Por medio del diálogo. Aquí ocurre algo extraño. Sócrates cree en la democracia. Sócrates utiliza la mayeútica, el diálogo para acceder a las verdades, aunque él no las conozca. Pero, claro, si los sofistas no saben, son totalmente ignorantes. Son un perjuicio para la polis. Porque no todo se puede mantener. No puede haber una equivalencia de todas las opiniones, porque en tal caso estaremos ante el gobierno del más fuerte. La democracia de esta forma se pervierte. Sócrates quiere lo mejor para la polis, pero tampoco lo mejor es la verdad absoluta, ése será el derrotero que tomará su discípulo Platón. Los sofistas, sanamente, defienden que en democracia nadie posee la verdad absoluta, que ésta convierte a la democracia en tiranía. Estamos en el fiel de la balanza. La democracia es un gobierno que no es perfecto, sino perfectible. Lo que hay que garantizar es que el ágora esté habitada por el logos y que todos podamos participar de él de la misma manera. Lo que hay que evitar es que algún particular usurpe el lugar del logos y se erija en la

razón universal. Por eso la democracia se ejerce desde el diálogo. La propuesta de Sócrates es el diálogo como busca de acuerdo y consenso universal, frente a la retórica que intenta convencer. Y ya sabemos que cuando se intenta convencer no se habla a la razón, sino a las pasiones. El diálogo, por el contrario, se basa en la razón. Aunque tampoco hay que olvidar que la razón no está separada de los afectos. Pero de lo que se trata es de dirigir. Por medio de la razón los afectos hacia lo mejor, para el ciudadano y para la polis.

LA POLÍTICA DE PLATÓN

A estas alturas ya sabes bastante de política y algo de ética, en la medida que la ética en la Atenas clásica se identificaba con la política. Las únicas virtudes eran las cívicas, las que se realizaban en y para la polis. La vida privada era casi meramente animal y no repercutía en el bien y la justicia de la polis. Y sabes también a estas alturas que la democracia es algo complejo. Que no es la panacea que nos quieren vender desde los poderes establecidos, que la verdad tiene muchas caras, que por la noche todos los gatos son pardos. Sabes ya, que sin cierta dosis de relativismo, nadie puede erigirse con la verdad absoluta, no es posible la democracia. Pero también te has percatado de que un relativismo radial nos lleva a la demagogia, que es la forma natural de corrupción de la democracia. Hoy en día, precisamente, vivimos en partitocracia en la que los partidos practican la demagogia (engaño consciente de la ciudadanía para conseguir el bien privado) para aumentar su lista de votos y con ello su poder. Todo esto lo sabes e intuyes muchas otras, entre ellas que la democracia no es una forma de gobierno estable, sino dinámico y en construcción, pero esto lo dejaremos para después, porque Platón es el gran crítico de la democracia y la esencia de sus argumentos sigue siendo válida, mal que les pese a muchos.

Platón fue siempre un enemigo declarado de la democracia. Procedía de la aristocracia griega. Confió en la democracia, pero le defraudó, pero mucho más le defraudaría el gobierno de los treinta tiranos, como nos cuenta en la

famosa Carta VII. Y, al final, la democracia condena a muerte al hombre más justo de Atenas. Esto no le cuadra de ninguna de las maneras a Platón. Un gobierno justo no puede condenar a muerte a un hombre justo, y Sócrates es un hombre justo, luego la democracia es un gobierno injusto. En última instancia, la democracia para Platón es el gobierno de los ignorantes. La mayoría representa a los ignorantes, a aquellos que no han alcanzado el saber, los que no han salido de la caverna y su saber se reduce a sombras, mera opinión. Los que habitan en el interior de la caverna son la muchedumbre, son la mayoría, el pueblo. Y es este pueblo el que es engañado por los retóricos y demagogos, que hablan a las pasiones y no a la razón. Por eso el pueblo es esclavo de la demagogia. Su libertad es aparente. Lo que Platón propone es que si queremos un gobierno justo tendrá que ser el de los mejores. Pero, ¿quiénes son los mejores? Pues los mejores son los sabios. Así el gobierno justo ha de ser el de los sabios porque estos saben lo que es la justicia. Y hay que tener en cuenta que, desde la tesis del intelectualismo moral socrático-platónico, quien conoce la virtud, se hace virtuoso. Por eso el sabio, que conoce la justicia, es justo y a él hay que encomendarle el gobierno. Igual que cuando queremos educar a nuestro hijo en la equitación acudimos al maestro de equitación, cuando queremos curarlo acudimos al médico y nunca al sofista, el retórico o el demagogo. Estos incluso puede parecer que saben más, pero realmente no saben, su único saber es el del engaño del discurso. La conclusión es que hay que abandonar a los retóricos y también el dominio de las mayorías, porque éstas se dejan seducir por los engaños de la palabra, no por el que sabe. Probablemente la mayoría frente a un médico o un profesor y un sofista (los tertulianos o todólogos de hoy en día) hagan más caso a los sofistas que a los expertos. Desde luego, yo como profesor considero que tengo un poder ínfimo sobre mis alumnos comparado al que tienen los medios de transformación y control de masas con sus programas basura y revistas del corazón. Y aquí hay que tener en cuenta también un viejo mito que nos recuerda Popper, es el mito de las mayorías. Se suele pensar acriticamente que las mayorías, por el hecho de serlo, tienen la razón. Falso. Las mayorías pueden estar tremendamente equivocadas y es necesario, en muchos

casos, enmendar su opinión. Pero al poder le interesa ese mito porque así se ve legitimado para actuar. Lo que dice la mayoría es lo que la mayoría dice y punto. Y no tienen nada que ver con la verdad. Los sistemas de control de lo que es verdad pertenecen al quehacer científico, no a una campaña electoral sofisticado-retórica y a unas elecciones controladas por el poder. Y la historia está plagada de ejemplos sangrientos en los que se ha seguido el pensar de la mayoría. Este mito, insisto, es muy peligroso y aunque lo formula Popper, está en germen en Platón, a pesar de que Popper, políticamente, sea un enemigo sin cuartel de Platón. Pero eso ya lo veremos en su momento.

Podemos concluir entonces que el gobierno de la mayoría, de los llamados hombres libres, no es más que el gobierno de los ignorantes, de los que permanecen y quieren permanecer en el interior de la caverna sin querer ver la realidad de la luz exterior. Ante esta situación Platón, como digo, se plantea la pregunta de quién debe gobernar. Y la respuesta es clara. Debe gobernar el mejor y éste es el sabio. Y cómo establecemos esta forma de gobierno. Pues bien, para Platón existirían tres clases o estamentos: el pueblo llano, los guerreros y los filósofos gobernantes. A cada uno de ellos se identifica con una virtud. Desde el principio en Platón hay una distinción ontológica entre los hombres, una desigualdad, a pesar de que su estado es un comunitarismo. El pueblo llano tendrá la virtud de la templanza, el guerrero la del valor y la del gobernante, la prudencia. Habrá una virtud superior que engloba a todo el estado y ésta es la de la justicia. La justicia es el equilibrio entre todos los ciudadanos. Es decir, que cada cual realice la misión para la cual está capacitado. Dicho de otra forma. Cada uno en el estado tiene una función. Y si todos realizan su función, el pueblo realiza el trabajo productivo, el guerrero defiende y mantiene el orden y el filósofo gobierna, entonces habrá justicia. Esto nos lleva a la concepción de un estado que, por el bien común, elimina al individuo. Es lo que podemos llamar el comunismo platónico. Platón lo que hace es identificar el bien del individuo con el bien del estado. Y para que en el estado exista el bien, es decir, la justicia, entonces cada cual ha de hacer lo que le corresponde. En conclusión, se elimina al individuo. Lo único que importa es el estado, que además mantiene una única filosofía, curiosa-

mente la “filosofía verdadera” que es lo que declara en la Carta VII. Esta justicia expresa la armonía entre las distintas clases o estamentos y ésta es el bien común. Bien articular y bien común coinciden. Por tanto, anulación absoluta del individuo. Ésta es la salida que da Platón a la democracia, un gobierno del sabio comunitario en el que queda eliminada la libertad. Sócrates, a mi parecer, no hubiese ido tan lejos. Su natural escepticismo le hubiese hecho pensar que no existen formas de gobiernos perfectas.

Por otro lado, Platón relaciona esta estructura del estado con la estructura del alma. Platón es dualista y su influencia, a través del cristianismo, llega a nuestros días. Considera que el hombre se compone de cuerpo y alma. A su vez, el alma se dividiría en tres partes: el alma concupiscible, que se relacionaría con el pueblo llano, la parte irascible del alma relacionada con los guerreros y la parte racional que es la que se corresponde con los filósofos gobernantes. Si nos damos cuenta, lo que nos quiere decir Platón aquí es que cada cual tiene su naturaleza y ha de ser educado conforme a ella. El pueblo llano tiende a la intemperancia, pues ha de ser educado en la moderación, templanza, los guerreros tienden a la ira, pues necesitan la educación en la valentía y el filósofo ha de aprender la prudencia. Hay que tener en cuenta que en esta sociedad cada cual cumple con su deber, el del filósofo es el de gobernar que se divide en administrar el poder y educar a los ciudadanos. Por eso ha de cultivar la prudencia. ¡Qué más quisiera él que pasar todo el tiempo en el mundo del conocimiento! Por eso la educación más larga es la del filósofo. Como decíamos, los encargados de la educación son los gobernantes. Ellos son los que tienen que ver qué parte del alma domina en cada cual y a partir de ahí iniciar el proceso de educación. La educación en la virtud es tremendamente importante. Primero porque según el intelectualismo socrático, quien conoce la virtud, la practica. En segundo lugar, si el ciudadano practica la virtud está perfectamente adaptado a su estamento, es feliz; y de esta manera se evita cualquier tipo de revuelta.

Dos son, para ir terminando, las condiciones que propone Platón. En primer lugar, la eliminación de la riqueza, el comunismo platónico. La propiedad privada genera desigualdad. La república platónica es una aristocracia

de los sabios, el dinero sólo serviría para producir división y hacer que la aristocracia degenera en oligarquía. En segundo lugar Platón establece la igualdad entre hombres y mujeres, esto nos llevaría a la abolición de la familia. La única familia es el estado que es el que debe encargarse de la educación de todos los ciudadanos y, de esta forma, se garantiza la igualdad de oportunidades. Ya no hay diferencias por nacimiento. La única familia es el estado.

Es curioso como, en la actualidad, la progresiva introducción de la mujer en el mercado de trabajo ha producido la ampliación del estado de bienestar para que se ocupe de los niños que antes eran cuidados por las madres. En definitiva, y sin cinismo, se sale de una esclavitud a otra. Mi propuesta para solucionar este asunto es proclamar una renta básica igual para todos. De esta manera no existiría discriminación ante el pobre, la mujer, un tema clave y que ya Platón insinuó.

LA CRÍTICA DE POPPER AL PENSAMIENTO POLÍTICO PLATÓNICO.

Supongo que después del rapapolvo que le ha dado el señor Platón a la democracia, y con la que está cayendo, corrupción, partitocracia, desigualdad social, pues has acabado desencantado de la democracia. No es que yo quiera encantarte de nuevo. Creo que la democracia es lo mejor que tenemos, pero que es un gobierno tremendamente imperfecto y que necesita del cuidado y de la vigilancia si no queremos que caiga en la demagogia. Creo que el hombre es demasiado imperfecto, creo que es sociable e insociable, cobarde y capaz de los actos más heroicos. Por eso creo que la democracia no es propiamente una forma de gobierno, sino una forma de vida que necesita de sus instituciones para ponerse en marcha.

Pero lo que ahora toca no es esto. Ya habrá momento para reflexionar sobre la democracia actual, aunque a lo largo de nuestro recorrido vayamos dando nuestras pinceladas. De lo que ahora se trata es de la profunda crítica y del tremendo desacuerdo entre Platón y Popper. Primero hay que decir que

Popper considera a Platón uno de los mayores filósofos de la humanidad, y que dice que toda la historia de la filosofía son notas a pie de página de Platón. Pero considera que políticamente está equivocado y que su error es de tal gravedad que, desde el punto de vista político, engendra un totalitarismo. La política de Platón puede ser bien intencionada, pero acaba en un totalitarismo y una eugenesia. Toda filosofía que se declara filosofía verdadera corre el riesgo de caer en el error totalitario. Pero varios son los puntos desde los que se puede anunciar el totalitarismo platónico. Después de los cuáles daremos la visión de la sociedad abierta y la democracia en sus líneas más generales, porque eso lo trataremos al final del texto.

Platón era un aristócrata, y su gobierno es una aristocracia. Pero su gobierno es el de los mejores, eso sí, entendiendo a los mejores como aquellos que son los más sabios. Pero Platón identifica, y queda claro en la Carta VII que los mejores son los que poseen una filosofía verdadera. Si declaramos a una filosofía verdadera, entonces estamos excluyendo a todas las demás. Estamos produciendo un pensamiento único que elimina el diálogo y que, por tanto, genera dogmatismo en la medida que impone la verdad, su verdad, por la fuerza cuando alcanza el poder. El que cree poseer la filosofía o el pensamiento o la política verdadera, cuando llega al poder intenta imponerlo por la fuerza. Esto es un error porque es imposible una filosofía verdadera. Pueden ser muy acertadas las críticas de Platón a la democracia, y yo las comparto en gran parte y creo que son hoy en día aún más actuales, pero de ahí a proponer un pensamiento único va un salto que es el de la negación de la libertad. Pero claro, es que Platón no cree en la libertad, cree en el estado. Y un estado fuerte requiere una única forma de pensar y obediencia. Por mi parte, como digo, a pesar de la razón que le doy a Platón y de mi escepticismo progresivo sobre la naturaleza humana, considero que es mejor optar por la pluralidad y luchar por ella. El exterminio en nombre de la verdad me resulta patético. Será por lo de mi escepticismo que me impide creer en verdad absoluta alguna.

Una segunda perspectiva desde la que se puede analizar el totalitarismo platónico es su concepción de la historia. La idea que de la historia tiene Platón es la de la decadencia, sería la contraria a la actual que es la del pro-

greso, pero cuyo efecto es el mismo. Platón considera que la historia ha degenerado. Que en un principio, en aquellas narraciones de Hesiodo estaría la Grecia perfecta. La organización del estado en este momento sería la de la aristocracia, el gobierno del mejor, porque es el más sabio. Pero aquello degeneró, en timocracia, que serían los que querían el gobierno para su lucro personal, luego vendría la oligarquía que sería los que querrían el poder para obtener riqueza. Pero éstos a su vez degenerarían en democracia, que es el gobierno del pueblo y cuyas críticas ya hemos analizado. Y a la democracia le seguirían tanto la anarquía como, posteriormente, la tiranía. De lo que se trata, según Platón es de recorrer el camino contrario y recuperar la aristocracia de los mejores en tanto que sabios. La degeneración ha sido inevitable, pero la filosofía verdadera, basada en la verdadera educación del gobernante recuperaría el estado originario, primitivo y perfecto perdido. El gran fallo de esta idea es que le subyace una idea determinista de la historia. El determinismo sugiere que existen una serie de leyes universales que rigen los acontecimientos. El determinismo histórico está inspirado en el físico. Lo que viene a decirnos es que los procesos históricos están marcados por leyes. Pues bien, sin entrar en la profundidad de este tema, lo que podemos decir es que, ni siquiera existe un determinismo físico. Que la nueva ciencia contemporánea habla de indeterminismo, que no es ausencia de causa, pero no determinismo férreo. En cuanto a la historia, Popper considera que hay tendencias, pero no leyes. Es decir, la historia, como veremos en Marx y la crítica popperiana, no se rige por leyes deterministas. Pensar en una decadencia insoslayable es tener una idea determinista de la historia que no tiene ningún fundamento ontológico ni epistemológico. Eso sí, una idea determinista cuadra perfectamente con la filosofía política de Platón porque anula la libertad humana. Y éste es uno de los caballos de batalla de Platón para defender el estado absoluto.

Otro punto en el que vemos el totalitarismo platónico es en la llamada teoría de los metales. Platón, para fundamentar la diferencia de estamentos inventa el mito de los metales. Así, nos viene a decir que cada uno hemos sido construido de la mezcla de tres metales, dependiendo de la abundancia de cada uno de ellos seríamos: oro, plata, bronce, perteneceríamos a alguno de

los estamentos. Y esta teoría le permite a Platón una ley de eugenesia. Lo que hace es prohibir la procreación entre los distintos estamentos para poder, así, purificar la raza. Esto significa la eliminación de la igualdad. Efectivamente, no somos iguales, pero habíamos conseguido una conquista histórica, la de la igualdad ante la ley. Esto para Platón es papel mojado, porque en la realidad mandaría, por medio de la demagogia, el más fuerte. Por eso en su filosofía verdadera considera que debe mandar el mejor y este es el de oro. Aquí os dejo esta reflexión, qué es mejor el gobierno de los demagogos o el de los expertos. Hoy en día hay de todo, como si dijésemos una mezcla.

Otro punto más sobre el carácter totalitario de la filosofía platónica es el de su utopismo. Popper está absolutamente en contra del utopismo. La utopía supone muchos errores y muchos peligros. En primer lugar, la utopía supone que el futuro se puede predecir, lo cual supone que existen leyes deterministas de la historia. Ya hemos demostrado que eso es falso. En segundo lugar, el pensamiento utópico supone que existe un mundo mejor que es perfecto por el cual hay que luchar. Y que merece la pena toda acción para alcanzar ese mundo perfecto. Pues bien, no hay mundos perfectos. La creencia en un mundo perfecto es una idea inadecuada y alienante que se convierte en el ariete de la violencia, en la justificación del crimen. Podemos pensar en la transformación de las condiciones momentáneas y materiales en algo mejor. Pero las transformaciones globales, que, a su vez, están basadas en la creencia en la existencia de un hombre nuevo, son violentas per se. Sobre todo porque todas ellas están basadas en una supuesta filosofía verdadera.

Frente a todo esto lo que sostiene Popper, pero esto lo desarrollaremos en otro lugar, es que en la historia hay tendencias, que la historia no tiene sentido intrínseco. Que el progreso es accidental y depende del esfuerzo humano. Y que la mejor forma de gobierno es la democracia que permite echar a los gobernantes sin derramamiento de sangre. Que lo que salvaguarda a la democracia son las instituciones y que éstas son corregibles. Que la metodología de la acción social es fragmentaria, no global. Y, en fin, que el sujeto de la historia es el hombre. Es decir, que Popper es un liberal convencido. Lo

más importante y valioso es la libertad humana. Si el poder atenta contra ella, el poder se está ejerciendo de forma autoritaria.

HELENISMO Y POLÍTICA.

A estas alturas ya tienes una buena base para enfrentarte a las discusiones políticas actuales, al menos en su nivel teórico. Prácticamente todo gira sobre lo mismo, hoy en día lo que está en juego es el futuro de la democracia, por un lado, y qué tipo de democracia, si es posible, podemos y debemos construir si queremos salvarnos a nosotros mismos y al planeta. El asunto tiene mucho que ver con la globalización. Hoy en día esto es un hecho inevitable, pero lo que es cierto también es que existen muchas formas de globalización, como sabes. Ya conocerás el lema de que otro mundo y otra globalización son posibles. Nuestra apuesta aquí será por el cosmopolitismo y lo pondremos al final.

Pero resulta que en el helenismo nos encontramos en una situación en gran parte similar a la actual. Se ha derrumbado la estructura de la Polis y se ha dado paso al imperio, ya no existen los ciudadanos sino los súbditos del emperador. Los individuos no se identifican con las leyes, las obedecen simplemente. Se da una fuerte crítica social. Y se piensa más en el individuo que en la comunidad. El imperio es algo que nos queda muy lejos, por eso se dan filosofías de salvación, son los famosos modelos de felicidad. De lo que se trata no es de saber por el mero hecho de saber, sino de ser feliz. Y esa es la cuestión. Mi tesis es que tras la muerte de Sócrates se dividen sus seguidores, por un lado está Platón, que fundará la corriente, digamos ortodoxa, y que al unirse al cristianismo forma la cultura y el pensamiento hegemónico, no en vano decía Nietzsche que el cristianismo era platonismo para el pueblo. A esta corriente lo que le interesó primar fundamentalmente fue a la sociedad frente al individuo. Lo importante es la comunidad, el bien individual reside en el bien de la comunidad. Pero hay otras corrientes que hicieron otra lectura individualista y libertaria de Sócrates. No hay que olvidar que en Sócrates está precisamente el germen de la libertad, su demiurgo particular es la

voluntad (libertad), a pesar de que esa voluntad le dijese que tenía que obrar conforme a las leyes de Atenas. Entre estos individualistas tenemos a: los estoicos, los cínicos, los epicúreos y los escépticos. Vamos a recoger aquí un análisis de los cínicos por su dimensión política y porque arrancan de los estoicos. Además del análisis de los cínicos, basado en una obra reciente, sacaremos paralelismos con la sociedad actual y con los problemas planteados. De esta manera haremos dos cosas un análisis de la situación en el helenismo y su acción política y una actualización de ese pensamiento.

LA ACTUALIDAD DE LA FILOSOFÍA CÍNICA.³

José Alberto Cuesta. *Ecocinismos. La crisis ecológica desde la perspectiva de la filosofía cínica*. Biblioteca Buridán, 2011

Para empezar mi más sincera enhorabuena al autor por esta obra magistral. Un libro que aúna la erudición con la sabiduría. No trataré aquí de hacer una reseña de la obra, sino de hacer unas reflexiones, que por lo demás se recogen en el libro, desde mi perspectiva, sobre la actualidad del cinismo helenístico en la sociedad actual y su viabilidad. Sostengo, y ya digo que no añado nada nuevo a lo que en la obra se dice, que el cinismo es una filosofía plenamente actual, con sus deficiencias e incompletudes debido a la diferencia de los momentos históricos, a la mayor complejidad de la actualidad, así como a la emergencia de nuevos fenómenos con los que no se las tenían que ver las filosofías helenísticas, entre las que se encuentra el cinismo. Esas insuficiencias deben ser completadas con las otras filosofías helenísticas y con el pensamiento actual. No con el posmodernismo, por supuesto, que es algo que el cinismo debe combatir.

En primer lugar hay que señalar la semejanza histórica entre el helenismo y la actualidad. En segundo lugar, señalar las características fundamentales del cinismo y en último lugar poner en actualidad esas características para ver

3 Tomo esta reseña de la estupenda obra *Ecocinismo* de mi obra, *Escritos desde la disidencia*.

su viabilidad, su insuficiencia y el modo de ser complementadas. Como decía, aunque la historia no se repite, sí se dan estructuras semejantes. La historia no se repite porque siempre hay acontecimientos nuevos y voluntades diferentes, pero sí existen semejanzas estructurales que nos permiten aprender del pasado. Por eso mantengo que existen ciertas semejanzas entre la época helenística, que fue el momento en el que emerge el cinismo, como el estoicismo, el epicureísmo y el escepticismo, y nuestra época. El helenismo significó un periodo de crisis en el que se produce una pérdida de identidad del ciudadano. Representa la caída de la polis como forma de organización social. Y, específicamente en Atenas, la desaparición de la democracia. La polis, sobre todo en Atenas, en la que se daba la democracia, aunque de forma inestable, era una forma de organización social en la que el ciudadano podía intervenir directamente en los asuntos públicos. Con la conquista de las polis griegas por Macedonia y, después por Alejandro Magno, la polis deja de existir y se da paso al imperio. Se produce una separación insalvable entre los ciudadanos, que pasan a ser súbditos y los gobernantes, en este caso el emperador. El ciudadano ya no participa de la polis, de los asuntos públicos. Deja de tener importancia. Sólo tiene que obedecer los dictados del emperador. Ni las normas, ni las leyes, ni las costumbres le sirven como identidad. Está perdido en la inmensidad del imperio. Es esta nueva estructura política y social la que hace emerger la crisis y a esta crisis intenta responder la filosofía helenística, entre ellas, el cinismo. Todas estas filosofías son pensamientos encaminados a la búsqueda del sentido de la existencia. Son filosofías de la salvación. Lo que se intenta es procurar una fórmula para la felicidad individual. En este caldo de cultivo también se encuentra el cristianismo, aunque no vamos a entrar en él. Son pensamientos, en principio, individualistas que buscan un modelo de felicidad que es el modelo del sabio. Las diferentes escuelas dan sus diferentes recetas, aunque divergen entre sí tienen muchos puntos de coincidencia. De todas formas no vamos a entrar en el análisis de ellas. Nos quedaremos con el cinismo.

Cuatro son las características fundamentales, aunque hay mucho más, que quiero señalar para después relacionarlo con el presente y la crisis ecosocial

que padecemos y la vigencia del pensamiento cínico a la hora de enfrentarse a esta crisis, a mi modo, Terminal, si no se remedia de nuestra civilización. La primera característica, de una importancia radical es la proclama cínica, y helenística en general, de la vuelta a la naturaleza. Los cínicos consideran que hay que seguir a la naturaleza, que el hombre es naturaleza, aunque se le superpone la cultura. La cultura es el ámbito de la convención, de la hipocresía, de la falsedad, del vicio, de la corrupción. Lo que hacen los cínicos es denunciar la vanidad, el vicio y la corrupción social. Su método es el de desenmascarar por medio de la palabra los vicios sociales: la soberbia, la vanidad. Todo aquello que lo que hace es destrozarse al hombre, sumirlo en su degeneración. Por el contrario, si seguimos a la naturaleza, seguimos a la razón, que es la cordura, frente a la locura de los vicios sociales, que no son más que pose y apariencia. El cínico, con su presencia y con su palabra, una retórica sarcástica y teatral, desenmascara la hipocresía social. Frente a la perversión de la cultura proclama la autenticidad de la naturaleza. Es el primer pensamiento ecológico de la historia. Lo característico del hombre es su naturaleza. Lo que nos hace iguales a todos es nuestra naturaleza, de ahí que los cínicos se empeñen en mostrar la naturaleza en cualquier parte. Lo que nos diferencia es lo arbitrario, lo convencional, las costumbres. Y todo esto es una farsa para ocultar lo común, nuestra naturaleza que es la que nos iguala a todos.

De esta primera característica surge una segunda por derivación directa. El cínico es un asceta. La cultura alimenta el vicio, la necesidad. En realidad necesitamos poco. Como decía el maestro de todos los cínicos, Sócrates, porque de él surge el cinismo, como el resto de las filosofías helenísticas, cuántas cosas no necesito. Pues los cínicos siguiendo su ejemplo, y Diógenes, radicalizándolo, se desprenden de todo aquello que no sea necesario para vivir. Pero para vivir conforme a la naturaleza. Los cínicos se ejercitan en la austeridad. Ejercitan el cuerpo y el espíritu. Para vivir necesitamos muy poco, como nos muestra Diógenes, un manto, un bastón y una escudilla, a la que renuncia al ver a un niño comer lentejas en el cuenco del pan y beber agua con las manos. Poco equipaje nos hace falta en este mundo, salvo nosotros

mismos. Mientras menos necesitemos más libres somos. Pero, para eso, necesitamos la disciplina del ascetismo. La vida del cínico no es un abandono, todo lo contrario, es un ejercitarse continuo, pero no para la competencia, sino para la libertad. Un continuo educar al cuerpo y el espíritu en la autenticidad. Y la autenticidad se corresponde con las necesidades que marca la naturaleza. No nos es necesario ir más allá.

En tercer lugar tenemos la característica de la *parrusia*, el uso de la palabra de forma incontinente. Es decir, la plena libertad de expresión. El cínico, como lo haría Sócrates, pero éste desde la refinada ironía porque el momento era otro y las armas a utilizar distintas, pero en su talante está ya el cinismo como forma desesperada de enseñanza y de filantropía. Porque la base afectiva de la enseñanza es la filantropía, el amor al hombre. Y por que se le quiere, pues se le quiere hacer mejor. La libertad de expresión en el cínico es el uso del sarcasmo, de la exageración. Frente a un hombre que vive sumido en el engaño, en el vacío, el sueño, es necesario el bastonazo. Y el bastonazo de Diógenes es el sarcasmo. Se enseña por medio de la burla. La burla nos hace tomar conciencia de nuestro ridículo, no es el cínico el que va por la ciudad haciendo el ridículo, ni un loco, es el que denuncia la ridiculez, la falsedad, la máscara de los hombres bienpensantes y bien instalados en las formas y costumbres sociales. La libertad de expresión llevada hasta sus últimas consecuencias es lo que el cínico reivindica como forma pedagógica. Ya no es suficiente la ironía, es necesario el sarcasmo. Los argumentos sutiles se escapan a la corrupción social. El sueño y el engaño son tan profundos que es necesario no ya el aguijón del tábano, sino el bastonazo, la mordedura del perro. Pero esta libertad de expresión va en la misma línea de autenticidad que la mayeútica socrática. Diógenes pone en juego su vida al utilizarla. Se trata de utilizar la palabra como forma de denuncia del poderoso. Para hacerle ver que todo es efímero, que su vida es un sinsentido. Se trata de utilizar la palabra para enseñar al conciudadano, al hermano, que vive en el error, que se olvida de lo importante, mientras que se dedica a lo superfluo. Y estas palabras pueden doler y se pueden volver peligrosas para aquel que las enuncia. Hace falta valentía para enunciarlas. El cínico pone en juego su vida

cuando ejerce la crítica mordaz. Pero, a la vez, enseña, que lo importante es lo que olvidamos, además, su vida ascética nos muestra que el que verdaderamente tiene poder es el que renuncia a todo lo que es superfluo. Por eso el famoso encuentro entre Alejandro Magno y Diógenes, en el que el emperador pregunta al perro que qué era lo que deseaba y éste, Diógenes, responde que lo único que quiere es que se quite de en medio pues le tapa el sol. Con esto, Diógenes se la juega. Alejandro es el hombre más poderoso del mundo, Diógenes vive en un tonel, no tiene nada, salvo a sí mismo y su libertad. Y esa libertad, en este caso, es la de tomar el sol. Diógenes muestra su superioridad frente al hombre más poderoso, en realidad, el más poderoso, el que queda a merced de el perro es el emperador. Muestra que su poder reside en su libertad de no necesitar. Pero sus palabras muy bien podrían haberle acarreado un serio disgusto, incluso la muerte. Alejandro podía haberle mandado a ejecutar de inmediato. He aquí la valentía y la libertad del cínico, que consiste en ser dueño de sí mismo, auténticamente libre y, por eso ser capaz de enfrentarse al poder. Nada puede el máximo poder con un hombre libre. Lo único que puede hacer es aprender una buena lección. Esta libertad es la del valor, la de no callar nunca ante el engaño, el vicio, la mentira y la injusticia.

Por último, otra de las características del cinismo es su defensa del cosmopolitismo. Diógenes se declara cosmopolita, ciudadano del mundo. No apátrida, que es algo que va incluido, sino cosmopolita. Lo que nos quiere enseñar Diógenes es que el hombre, al seguir a la naturaleza, la sigue en todas partes, porque la naturaleza es la misma, mientras que las costumbres son diversas. Pero va más allá. Diógenes, la filosofía cínica, y de ahí surgirá el concepto de cosmopolitismo de los estoicos, considera que todos los hombres son iguales. Ser cosmopolita es reconocer al otro como otro yo. Es reconocer la dignidad del otro por su propio ser, su propia naturaleza. En realidad, el cosmopolitismo es la concepción ética de la hermanad, en su naturaleza, de todos los hombres. Y esto nos lleva a la igualdad. Todos somos iguales, las diferencias son superfluas y aferrarse a nuestras diferencias no es más que esclavitud, además de producir guerra y conflicto.

Pues bien, estas son las características esenciales del cinismo que, a mi modo de ver, tienen plena vigencia, aunque son insuficientes. También hay que tener en cuenta una cosa y es la distinción que hace Sloterdijk en su ya clásica obra *Crítica de la razón cínica*. El autor distingue entre cinismo y quinismo, atendiendo a su raíz griega. Esta distinción es interesante porque el cinismo hoy en día se ha malinterpretado. Para Sloterdijk el cinismo actual es el del poder, el del político. Aquel que se camufla y nos engaña haciéndonos pensar otra cosa de la que es. Y esto queda muy patente en las políticas medioambientales. Las políticas verdes, el tan cacareado desarrollo sostenible, que en boca del cinismo político no es más que crecimiento económico sostenible maquillado de políticas que no van al fondo del problema, que son más de lo mismo. Este cínico no es exactamente el camaleón del que nos habla García Gual es su *La secta del perro*, sino el cínico en sentido de hipocresía. Y a este cínico le ha venido muy bien el posmodernismo. Porque este no-pensamiento es la forma de discurso en la que caben todos los pensamientos, en la que todo vale y todo es relativo. Lo importante es la utilidad y el poder. De esta forma el cínico sería un camaleón. Pero no es éste el sentido auténtico del cínico, ni el que le atribuye García Gual, ni José Miguel en su *La sombra de un farol*. Aquí el cínico es un camaleón que se camufla entre la gente para enseñar, no para aprovecharse de ellos ni engañar. Si bien es cierto que el cínico actual tiene que tener, como una de sus estrategias algo de camaleón, no es ésta su característica esencial. En nuestro momento el camaleón se diluye en la nada y pierde la posibilidad del uso de la palabra como forma de denuncia pública, característica esencial del cinismo y necesaria hoy en día. Por su parte, el quinismo es lo que entiende Sloterdijk como la actividad esencial del cinismo hoy en día es la recuperación del cinismo en la praxis actual. Esta distinción es importante para que veamos la actualidad del cinismo contemporáneo.

Repasemos ahora las características. En primer lugar tenemos la vuelta a la naturaleza. Pues bien, eso es lo que hemos aprendido. Desde la teoría de la evolución, pasando por la etología y las neurociencias lo que se nos ha mostrado es que somos seres naturales. Que nuestra diferencia con los ani-

males es una diferencia de grado. Que todos estamos sumidos en una misma biosfera de la cual somos miembros iguales, no privilegiados. Y ésta es una de las bases del pensamiento ecologista actual. Los males de la civilización proceden al triunfar las doctrinas que elevan al hombre por encima de la naturaleza, que hacen del hombre dueño y señor de la naturaleza. En la medida en la que pertenecemos a la naturaleza tenemos que obedecerla, la crisis ecosocial actual procede, precisamente de no seguir los dictados de la naturaleza. Nuestra economía se basa en el crecimiento ilimitado y esto es un error, hay unos límites al crecimiento. Y no se trata ya de un desarrollo sostenible, que como decía ha sido utilizado cínicamente por el poder, para engañar a la ciudadanía. Se trata de asumir que los límites de la naturaleza son nuestros límites y que si queremos sobrevivir tenemos que acatarlo. Por eso tenemos que utilizar la palabra para denunciar con voz clara, con bastonazos, con sarcasmos, si es necesario, la hipocresía de los políticos y la desvergüenza del pensamiento económico único. Son farsas para que unos cuantos sobrevivan a costa del resto. Hay que seguir a la naturaleza y darse cuenta de que nos reducimos a ella y que nunca la venceremos. Sólo nos cabe obedecer o desaparecer. Y de ahí se sigue que nuestro modelo de vida debe estar basado en la austeridad. Y esto desde un punto de vista ético y político. Desde el punto de vista ético debemos aprender que necesitamos poco para vivir, así como debemos aprender, de los epicúreos que el placer es posible, pero con poco. Y que el placer más importante es el intelectual-contemplativo. Esto es algo que habría que añadir desde la filosofía epicúrea a la cínica. Porque la ascética no debe ser total. La inteligencia, en sus múltiples dimensiones, es una cualidad humana que nos produce placer, o elimina dolor. El placer estático, el intelectual debe ser seguido. La educación tiene que enseñar estos valores éticos. Pero, para eso es necesario el uso de la crítica de todo lo que nos rodea, que es lo contrario. Vivimos en una sociedad del despilfarro y de la acumulación de todo lo que no necesitamos. Una sociedad que es la que sufre el mal llamado síndrome de Diógenes (porque éste, como hemos visto, representa todo lo contrario), acumula todo aquello que no necesita. Somos esclavos de lo que consumimos y no somos capaces de pararnos y

experimentar ni placer intelectual ni estético. Todo es prisa y superficialidad. Consumimos el mundo mientras nos consumimos a nosotros mismos. Por eso la tercera característica es fundamental. La otra dimensión era la política. Desde la legislación debe fomentarse la austeridad y la responsabilidad con respecto a los otros y las generaciones futuras. No se puede exigir el heroísmo ético, pero sí la obediencia a la ley. Por eso la implantación de nuevos valores tiene que pasar por la educación en estos y por las medidas políticas que nos obliguen a la austeridad. Ello requiere el cambio del capitalismo sin bridas en el que vivimos a una sociedad del decrecimiento. Decía que es necesario explicar, desde la educación estos valores, pero para ello es necesario desenmascarar el engaño de los falsos valores, de los ídolos que se nos imponen. Y para ello es necesaria la tercera característica, la de la libertad de expresión, el uso de la palabra. Aunque en ese uso nos puedan partir la cara, o nos puedan encerrar, como es el caso de los ecologistas en acción que hace poco fueron encarcelados por mostrar la pantomima del poder cuando hablan de medioambiente. Eso fue un acto de cinismo actual, no una payasada, como alguno insinúa, mezcla de argumento, teatro y burla. Pero, como digo, el uso de la palabra requiere valor y como lo que el cínico ecologista actual a lo que se enfrenta es al poder pues verdaderamente corre peligro. Un gran enemigo tiene el cinismo en la actualidad: el relativismo posmodernista. Por eso el camaleón no sirve. El relativismo es una forma de engaño del poder, algo que le interesa para hacer lo que quiera, para tener las manos libres. El cínico tiene que combatir el relativismo por medio del sarcasmo y la burla. Por supuesto que detrás están los argumentos, como no. Pero hay que desenmascarar al relativismo. No todo se puede defender. No hay una muerte del discurso racional e ilustrado, lo que hay es farsa del poderoso. Y el cínico tiene que mostrar esa farsa con todos los instrumentos dialécticos y retóricos a su alcance. Reordemos el zapato dirigido a la cara de Buhs.

Y el último punto es el del cosmopolitismo. Plenamente actual. Si no somos capaces de concebir como ideal ético el cosmopolitismo, nuestra civilización desaparecerá. La globalización ha terminado con las fronteras. Pero estas fronteras siguen existiendo entre los hombres. Hay libertad de mercado,

libertad financiera, información al instante en todo el mundo. Pero los hombres están cada vez más divididos entre ricos y pobres, y los problemas ecológicos, con el cambio climático como insignia de todos, agudizarán estas diferencias. Los problemas ecológicos son problemas sociales y llevarán al enfrentamiento entre los hombres por la escasez de recursos naturales, tanto energéticos como alimentarios. Si no somos capaces de pensar al hombre como un igual, desde una ética cosmopolita, basada en el imperativo kantiano de que todos somos fines en sí mismo, y en el principio de responsabilidad de Jonas, que implica nuestra responsabilidad con cualquier otro, ya sea lejano en el espacio o en el tiempo (las generaciones venideras) pues no tendremos salvación. El pensamiento cínico puso las bases de todo esto, sólo tenemos que actualizarlo. Por sí solo es insuficiente, es necesario unirlo al epicureísmo en el sentido en el que hablabamos antes y al estoicismo en su visión del orden político cosmopolita. Porque el cinismo tiene una deficiencia, como el epicureísmo, son pensamientos para el individuo, no para la sociedad. Hoy necesitamos de los dos. Un pensamiento ético y político. Las armas son las mismas. La libertad de expresión, ya sean discursos sesudos, manifestaciones, burlas, sarcasmos, concentraciones, denuncias, camaleones que desde el camuflaje ponen en evidencia al poder y las instituciones que corrompen todo lo que aún nos permite la democracia con la que cada vez nos sentimos menos identificados. En un mundo enloquecido, en el que todos hablan y nadie escucha es necesario el bastonazo del perro. Se corre un peligro, y es una de las insuficiencias del cinismo, perderse en esa vorágine de voces. Pero eso es precisamente lo que tiene que combatir el cinismo. Otra cosa que no puede olvidar el cinismo es que hay que partir, si queremos desenmascarar la hipocresía del poder, de un sano escepticismo. Escepticismo como duda y como búsqueda. El tiempo de los dogmatismos ha pasado, sin por ello caer en las manos del relativismo.